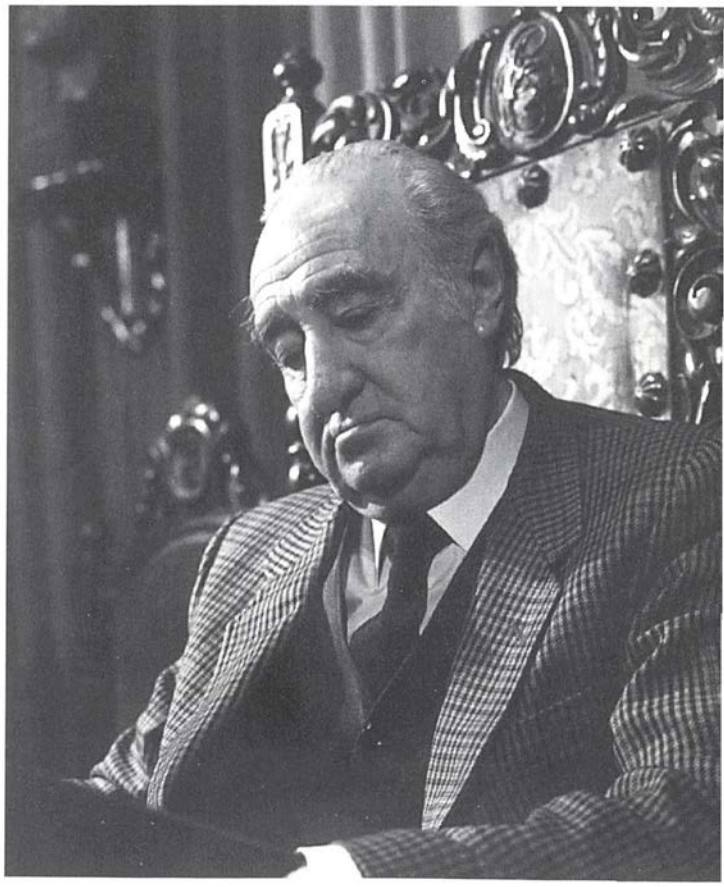
# *Leopoldo de Luis «Miguel Hernández es la poesía social»*

*Leopoldo de Luis —Leopoldo Urrutia de Luis, según consta en el Certificado de nacimiento— es poeta y crítico de reconocida talla en el mundo literario español. Según Dámaso Santos, «la voz de Leopoldo de Luis es la más grave. Como fue grave la del horaciano Fray Luis de León, la del senequista Quevedo; la del dieciochesco Jovellanos, del romántico Espronceda, la de Antonio Machado en medio del modernismo, la de Miguel Hernández en sus epigonías neoclásicas». Su relación con Miguel Hernández se inició en plena guerra civil, estableciéndose una cordial amistad entre ambos poetas que culminaría con la publicación conjunta del libro* Versos en la guerra, *editado en 1938, y en el que se recogían poemas de Miguel Hernández, Leopoldo de Luis y Gabriel Baldrich.*



Nacido en Córdoba en 1918, se traslada al año siguiente a Valladolid con su familia. Iniciados los estudios en la Escuela Normal de Valladolid tiene que interrumpirlos al estallar la guerra civil, incorporándose al ejército de la República. Tras la guerra civil conoce varias cárceles y campos de concentración. Instalado finalmente en Madrid, comparte su trabajo con la creación poética.

Entre sus obras podemos destacar «Alba del hijo» (1946), «Huésped de un tiempo sombrío» (1948), «Los imposibles pájaros» (1949), «Los horizontes» (1951), «Elegía en otoño» (1952), «El padre» (1954), «El extraño» (1955), «Teatro Real» (1957), «Juego limpio» (1961), «La luz a nuestro lado» (1964), «De aquí no se va nadie» (1971), «Con los cinco sentidos» (1970), «Igual que guantes grises» (1979), «Entre cañones me miro» (1981), «La sencillez de las fábulas» (1988), «Los caminos cortados» (1989).

Leopoldo de Luis es considerado como uno de los principales expertos en la obra hernandiana. Editor —junto con Jorge Urrutia— de la «Obra poética completa de Miguel Hernández», ha preparado diversas antologías hernandianas, así como estudios y ensayos sobre el poeta oriolano.

*— ¿Cómo y cuándo conoció personalmente a Miguel Hernández?*

— Conocí a Miguel en la primavera de 1936, una tarde lluviosa en

la que el poeta José Luis Gallego y yo nos refugiamos en la tertulia de un amigo suyo. Allí estaba Miguel, unos ocho años mayor que nosotros, pero abierto a la camaradería, incluso con quienes eran alevines de poeta. Yo acababa de comprar la edición de *Verte y no verte*, de Rafael Alberti. Hablamos de los sonetos al toro de la muerte, emparentados con algunos de los de *El rayo que no cesa*, aunque las fechas de escritura hagan difícil cualquier dependencia. Recuerdo que Miguel acusaba los síntomas de un fuerte resfriado, lo que no tenía nada de particular, porque aquel mes de mayo fue muy desapacible.

— *¿Cuándo volvió a verlo?*

— Ya no volví a verlo hasta la guerra y, concretamente, en el acto de homenaje que le hicieron en el Ateneo de Alicante, el sábado 21 de agosto de 1937. Yo convalecía en un hospital de mi primera herida de guerra, y me alegró poder asistir a ese acto, en el que estuvieron dos jóvenes poetas alicantinos que conocí allí: Manolo Molina y Vicente Ramos.

Miguel acababa de regresar de Castuera, en Extremadura, a cuyo frente iría yo meses más tarde. A primeros de septiembre realizó su viaje a Rusia. A su regreso, volvimos a encontrarnos porque me llamó para interceder en favor de Justino Marín —el hermano pequeño de Ramón Sijé—, muchacho, al parecer, de poca salud, que iba a ser destinado a mi Unidad. Miguel, que no dudó en jugarse la vida en el frente, quería, con su sentido de la amistad, proteger al jovencísimo muchacho.

— *¿Podría describirnos su impresión personal sobre Miguel Hernández?*

— Yo veía a Miguel como a un hermano mayor. Le admiraba. Me deslumbraba su condición de gran poeta. Era, a primera vista, poco hablador, aunque muy escuchador. Sin embargo, su efusividad afloraba a poco de estar con él. Yo lo tuve siempre, desde mis 18 años, como un maestro de fácil trato y generosa palabra.

— *¿Qué anécdota recuerda de su relación con Miguel?*

— Quizá una prueba de su cordialidad y facilidad de trato: cuando llevó personalmente a mi casa un ejemplar de *Viento del pueblo*, no me encontró a mí, pero sí a mis padres y a mi hermana. Entabló conversación con ellos, y dedicó el ejemplar a toda la familia.

— *¿Considera que Miguel Hernández fue totalmente autodidacta?*

— Todos los poetas son autodidactas, porque nadie enseña a hacer poesía. La poesía se aprende, pero no la enseña nadie, aunque parezca contradictorio. Se enseña a *escribir*, mas no es posible enseñar a *hacer*, a *lograr*. Ahora bien, si lo que se quiere poner de manifiesto es la ausencia de titulaciones académicas, es claro que Miguel no las tuvo. Tenía, sí, unos años de colegio, hasta los 15 años de edad que, a mi juicio, le proporcionaron una primera base. Sobre ella, su gran vocación y su enorme fuerza de voluntad, montó una cierta cultura literaria, aprendida en lecturas, aunque desordenadas, fecundas.

— *¿Cuáles fueron los «maestros» de Miguel Hernández?*

— Los *maestros* del poeta siempre están en la vida y en los libros. La naturaleza misma y los avatares de la existencia dictan lecciones profundas. La obra de los demás poetas contagia siempre, se filtra siempre hasta la propia sensibilidad. Cada vez que un poeta toma la pluma para poner unas palabras, está pasando sobre su mano una herencia de siglos.

— *¿Qué destacaría, fundamentalmente, en la poesía de Miguel Hernández?*

— La capacidad de *convicción* y la *solidaridad*. Los poemas de Miguel ganan al lector desde las primeras de cambio, y su lectura nos hace sentirnos fraternos.

— *¿Puede considerarse a Miguel Hernández como poeta social?*

— ¿Quién, si no? De tener que reducir a un solo nombre la poesía social española, ese nombre sería Miguel Hernández. No hay que confundir al poeta social con el poeta político. El poeta social siente como propios el dolor y la esperanza colectivos, hace suyos los problemas de unas clases sociales sacrificadas, se *compadece* porque *padece-con*. El poeta social siente el peso de la injusticia y se preocupa por la condición humana, por el ser humano indefenso y maltratado, por ese ser impedido por las circunstancias de acceder a persona. Las condiciones políticas pueden ser ocasionales, transitorias y más o menos legítimas, sometidas siempre a intereses confusos. Lo social está por encima, y atañe a la dignidad y a la justicia.

Miguel poseía un profundo sentido de la justicia y sentía en su

*Cada vez que un poeta toma la pluma para poner unas palabras, está pasando sobre su mano una herencia de siglos...*

conciencia la defensa de la libertad. Poemas como «El hambre» o «El sudor», o «El niño yuntero» son, además de hermosos poemas, gritos sinceros que claman por la libertad y la justicia.

*— ¿Considera que sigue teniendo vigencia la poesía de Miguel Hernández?*

— La gran poesía siempre tiene vigencia: esto es, siempre posee capacidad de llegar a la sensibilidad de los lectores. La *moda* literaria siempre se queda en lo cortical; lo que cala es el sentido poético, interpretando la verdad humana. La poesía de Miguel se une a las razones de la existencia. En lo amoroso o en lo social. Es, para decirlo con la expresión de otro poeta —Garcilaso—, una «defensa del hombre». Hoy, cuando todos dicen defender los derechos humanos, en la obra de Hernández pueden encontrar fecundas ideas. Lo mismo cabe decir de la ecología: los poemas de Miguel *miran* la naturaleza. Ya lo decía él mismo: «se bebía el paisaje».

*— ¿Cuál fue la influencia real de la Generación del 27 en la poesía hernandiana?*

— La generación del 27 significa tanto en la poesía española que cuanto viene detrás le debe algo. Por otra parte, una generación no es una cosa rígida ni una escuela rigurosa. Los grandes poetas del 27 respiraban un aire común y crearon un «clima» irradiado y contagioso, pero tenían personalidades distintas. La mayor influencia para Hernández es la de Aleixandre. No sólo su amistad personal. Es verdad que la amistad personal de Vicente resultó para muchos enriquecedora y de importancia definitiva, pero a la poesía de Hernández llega también, esencialmente, el sentido trágico y hondo, de raíz cósmica, que del amor tiene Aleixandre. *La destrucción o el amor*, ese excepcional libro, el mejor libro de todo el surrealismo en cualquier lengua, fue una lectura trascendental y trastornadora para Miguel.

*La poesía de Miguel Hernández se une a las razones de la existencia. En lo amoroso o en lo social...*

*— ¿Cree que existió realmente la Generación del 36?*

— Como yo me permito, modestamente, discrepar de los actuales —magníficos, por otra parte— profesores de Literatura, contrarios a la consideración de generaciones (con argumentos nada convincentes, por cierto), sigo creyendo no sólo que es un método válido, sino una realidad sociológica y aun biológica. Así pues, creo que se puede —y se debe— hablar de una generación del 36, amparadora de un grupo de poetas cuyos miembros nacen alrededor de 1910, que no rompen con sus hermanos mayores del 27, pero que adoptan nuevos temas (por ejemplo: el tema religioso, apenas visible en el 27, salvo en Gerardo Diego), inciden mucho en la revalorización de las formas clásicas, y dejan de mirar a Góngora para volver los ojos a Garcilaso. Los tres libros más representativos de la Generación del 36 son —a mi entender— *Abril*, de Luis Rosales; *Sonetos amorosos*, de Germán Bleiberg, y *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández.

*— Pero, ¿existió una coherencia en la Generación del 36?*

— Lo que ocurre con la Generación del 36 es que si bien en ella se dieron formas de vida iguales (como proponía Ortega en su teoría de las generaciones), no se dieron iguales formas de muerte. Quiero decir que la generación fue escindida por el tajo cruento de aquel verano. A su vuelta, todo era distinto. Es como si en un autobús viajan varias personas con semejantes apetencias de paisaje. De súbito, un accidente rompe el vehículo y obliga a que todos desciendan. Tras repararlo, cuando vuelven a subir, alguno ya no puede, se ha quedado en el camino; otros, se colocan en distintos asientos y ya miran el paisaje de manera distinta, e incluso le *piden* otra cosa al panorama que se muestra ante ellos. El 36, estéticamente, no será continuismo sino para unos pocos. Otros, y Miguel el primero, tendrán ya talante diferente, responderán a nueva tesitura.

*— ¿Cómo ha repercutido la obra de Miguel Hernández en la poesía española?*

— Tuvo una gran influencia, y algunos temas muy representativos de la poesía de postguerra nacieron con él. Ahí está, por ejemplo, el tema del hijo. Es un motivo que tuvo algunos precedentes aislados: Unamuno, Enrique de Mesa, Díez Canedo... Pero como tema de amplia dedicación, es en la postguerra cuando se impone. Miguel lo trata con tan grave trascendencia como la que traslucen poemas tan memorables como «Hijo de la luz y de la sombra», «Canción del esposo soldado», las famosas «Nanas» y tantas otras canciones de su «Romancero de ausencias».

*— ¿Cómo fue el encuentro de Miguel con Vicente Aleixandre?*

— Como es sabido, el joven oriolano se dirigió por escrito al autor de *La destrucción o el amor*, solicitándole un ejemplar. Por cierto, que firmaba Miguel añadiendo a su nombre su condición —no del todo exacta, seamos sinceros— de pastor. La amplia cordialidad de Vicente facilitó en seguida el entendimiento.

Miguel fue siempre fiel a esa amistad. Cuando, en plena guerra, pasaba por Madrid, acudía a la habitación de enfermo de Vicente Aleixandre, llevándole un saco de naranjas levantinas, que en el Madrid del asedio resultaban sustancioso y deseable regalo.

Al casarse Miguel y Josefina, quizás el único regalo que tuvieron de escritores fue el de Vicente: un reloj de pulsera que Miguel estropeó precisamente en Extremadura, al mojarlo cuando se bañaba en una alberca de Castuera.

Nunca olvidó tampoco Vicente a Miguel. Es uno de los que más le ayudaron mientras estuvo en la cárcel. En las cartas de Miguel se constatan estas ayudas. La primera publicación de un libro en editorial importante: un volumen de la colección Austral, se debió a gestiones suyas, como demuestra la correspondencia de Vicente con los editores de Espasa.

En cuanto a la poesía, ahí están varios textos de Aleixandre: dos capítulos de *Los encuentros* (libro de 1958) y una Elegía editada, en los años cuarenta, por el profesor Blecua en sus «Cuadernos de las horas situadas», e incorporada luego al libro *Nacimiento último* (1953).

*— ¿Cuál fue la influencia de Neruda?*

— Por lo que he dicho antes, creo más radical la influencia de Aleixandre que la de Neruda. La de Neruda quizá lleve consigo la comprensión de las cosas materiales: los objetos, las herramientas, los alimentos, etc. En cuanto a la amistad entre ambos poetas, no se olvide que, aun valorando mucho Miguel a Vicente y a Neruda, en su poema «Llamo a los poetas» dice: «Con Vicente Aleixandre y con Pablo Neruda tomo silla en la tierra». Esto es, antepone a Vicente. Y que no se diga que se trata de exigencias de ritmo, porque el verso pudo construirse de otra manera.

*— ¿Qué relación tuvo Miguel con el surrealismo?*

— A Miguel le llegó cierto contagio de la imagen surrealista y de la libertad formal. Sin embargo, Miguel Hernández no fue nunca un poeta surrealista. Su mundo no son los sueños, sino la realidad. Pero le atrajo la riqueza metafórica y las posibilidades poéticas de los surrealistas, moviéndose a veces —concretamente, en unos cuantos poemas de 1936, incluso en algunos de guerra— en ese clima que el surrealismo crea.

*— ¿Qué importancia tiene la metáfora en la poesía hernandiana?*

— Primero Góngora —y los gongoristas de la época—, después el surrealismo, el juego metafórico de Hernández es llamativo y sugerente. Su misión reside en enjoyar, en envolver la realidad para dárnosla de nuevo recreada. *Perito en lunas*, por ejemplo, es una continua metáfora que salva de la sordidez y la vulgaridad su entorno, y lo eleva a categoría artística. Esto no cumple sólo un fin estético, sino asimismo moral, porque lo humilde también debe ser tratado hermosamente.

*— Importancia de la poesía amorosa en la obra hernandiana.*

— Toda. La poesía de Hernández es, toda ella, un canto de amor. Amor a la mujer, amor al hijo, amor al pueblo, amor de amistad, amor a España. («¡Ay España de mi vida / Ay, España de mi muerte!», dice en un poema).

Concretamente, respecto al amor de hombre y mujer, lo más convincente es su verdad y su naturalidad. Miguel ha leído a clásicos como Garcilaso y quizá Herrera, pero no incurre en platonismos. Cuando escribe el soneto «Te me mueres de casta y de sencilla», está glosando un episodio repetido entre millones de parejas: dar un beso a la mujer amada. Pero ni Beatriz ni Laura; ni Isabel Freyre ni Leonor Millán. Una amada cierta y próxima. Si en el romanticismo de Hartzenbusch, Diego Marcilla muere sin poder besar a Isabel de Segura, en el soneto de Miguel el beso es algo real y la musa— como quería Rubén Darío— era de carne y hueso.

*— Importancia de la poesía social.*

— Responde asimismo a un sentimiento auténtico. Es una poesía lírica, tanto cuanto la amorosa, porque en ella el poeta canta desde dentro, canta viviendo los temas como propios. La poesía lírica no es otra cosa que respirar por la herida, y esa herida le duele al poeta.

*La poesía lírica no es otra cosa que respirar por la herida, y esa herida le duele al poeta...*

*Miguel Hernández diciendo sus versos a los soldados junto a las trincheras.*

— *¿Cómo juzga el teatro hernandiano?*

— Miguel tuvo siempre afición por el teatro. Lo cultivó con el entusiasmo que ponía siempre en cuanto tocaba. Lo que ocurre es que en su teatro predominan más los valores líricos que los dramáticos.

— *¿Considera que ha sido suficientemente reconocida la obra hernandina?*

— Depende de lo que se entienda por «suficientemente». Siempre se puede decir una primera palabra sobre un poeta, pero nunca se puede decir la última.

— *¿A qué causas cree que se debe la falta de reconocimiento a este poeta?*

— Las interferencias extraliterarias han actuado contradictoriamente en la estimación de la obra hernandiana. Desde la España de la dictadura y la censura, fue vista como de tendencia anti-régimen. Se la estigmatizó y fue rodeada de silencio hasta donde pudieron lograrlo los censores.

Desde los grupos de oposición, se consideró al poeta y a su obra como una bandera de resistencia. Más que leer su obra, se blandía como un hacha de guerra. Más que profundizar en los poemas, se enarbolaban como bandera.

Es cierto que cumplió un fin ejemplar y una función esperanzadora, lo que supone una misión noble y alta para la poesía. Pero Miguel es un gran poeta al margen de las circunstancias. Es verdad que algunos de sus poemas son piezas príncipes en la poesía del aherrojamiento, pero Miguel es un gran poeta y lo sería aunque no hubiera muerto en la cárcel. Es hora de que —sin necesidad de olvidar nada— aprendamos a leerlo desprovisto de adherencias extrapoéticas.

— *¿Qué opina de los poemas de juventud de Miguel Hernández?*

— Todo poeta precoz, y Miguel lo fue, tantea caminos antes de orientarse. El adolescente Miguel, que era muy «poroso», muy receptivo, comprueba en sus primeras lecturas que él es capaz de escribir cosas parecidas. Y ensaya sus piezas iniciales un poco «a la manera de». Por eso, en tales piezas se adivina cuál fue la lectura que le inspiraba en ese momento.

Pero esos poemas fueron una suerte de aprendizaje. Probablemente Miguel los hubiera desechado. Es el inconveniente de las obras completas, recopiladas una vez desaparecido el autor y cuando ya no puede intervenir. Al tratarse de un poeta importante, su interés y su importancia se proyectan sobre cualquiera de sus borradores. Es inevitable, aunque a veces no sea justo. Ese es el motivo de que, cuando Jorge Urrutia y yo recopilamos la obra poética completa, colocásemos esos poemas primerizos en apéndice y con un prólogo explicativo, destinado a lectores poco avisados.

— *Repasemos, de forma sintetizada, sus principales libros.*

*«Perito en lunas»:*

— Es un asombroso esfuerzo por sobrepasar estéticamente el entorno ingrato.

*«El rayo que no cesa»*

Es el triunfo del endecasílabo que recupera a Garcilaso sin olvidar a Quevedo.

*«Viento del pueblo»*

Es la exaltación del heroismo en defensa del pueblo.

*«El hombre acecha»*

Refleja la cara cruel de la guerra, lo que tiene de miseria y de degradación humana.

*«Cancionero y romancero de ausencias»*

Una de las más hermosas y emocionantes joyas de la poesía amorosa de todos los tiempos.

— *Finalmente, ¿puede recordarnos la presencia de Miguel en tierras extremeñas?*

— Miguel estuvo en Extremadura en junio de 1937. Yo fui, en efecto, a Extremadura algo después, en 1938. No coincidimos, pero tuvimos en común haber vivido la guerra en la misma trinchera de igual frente, y haber contemplado los dos los paisajes impresionantes de esas tierras de Castuera, que sobrecogen el corazón e iluminan los ojos. ■

FRANCISCO ESTEVE RAMIREZ